

## REFLEXIONES EN TORNO A LA LECTURA

### **Dra. Carlota Flores de Naveda.**

Profesora Emérita de la Universidad San Cristóbal de Huamanga  
Profesora TPA Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)

*“Si nuestra imaginación, inteligencia y afectividad nos permitieran objetivar el poder transformador de la lectura, estoy segura que la sociedad entera privilegiaría su realización en todos los contextos, en todos los espacios”*

- **Dos sucesos, una profunda motivación para leer.**

Evoco con nostalgia los días que tomada de la mano de mi abuela, una trujillana tan inteligente y aguda como orgullosa, iba a misa dominical. Allí nos distribuían unas hojas impresas de modo artesanal: “El pan del alma” que contenían citas evangélicas, reflexiones, pensamientos y, de cuando en cuando, una nota humorística por supuesto de contenido religioso.

Recuerdo – en esa fuente inagotable que es la memoria – que mi abuela me recalca: “Fíjate en el nombre! ¡El pan del alma! y me repetía una y otra vez: El que lee se salva. Y cuando retornábamos a casa, guardaba en un antiguo estante, ordenada y decorosamente, sus más preciadas lecturas. Ella, prolija, colocaba “El pan del alma” y sonriendo, como para que nunca me

olvidara, me repetía: todo esto: libros, hojas, manuscritos, recortes son pan para el alma. Y juro que nunca lo olvidé.

A los pocos años, mis hermanos y yo, heredamos de nuestro padre, un sencillo pero sabio educador, una pequeña pero invaluable biblioteca que fui incrementando libro a libro, consecuente con aquello de “El que lee se salva” sumada a “El que lee, crece” que sugería con voz firme y decidida la voz paternal y querida.

Como ya había leído y releído **“El Tesoro de la Juventud”**, lleno de historias aleccionadoras y hermosas; **“Biografías célebres”**, entre otras, mi afán lector se concentró en un libro de permanente vigencia: **“La Gramática de la Fantasía”** de Gianni Rodari, texto que – bien lo recuerdo – había yo ubicado nada más y nada menos que a la altura de las **“Tradiciones Peruanas”** así como a una traducción especial del **“Señor de los Anillos”** de Tolkien y del ahora libro clásico **¿Cómo formar niños y niñas lectores y productores de textos** de Josett Jolibert, maestra de la innovación en el tema lectura quien con sutileza nos sugiere “hablar de interrogar al texto para lograr comprenderlo”.

¿Pero por qué me detuve en el libro de Gianni Rodari, el gran maestro nacido en Omegna, Piamonte (1920 – 1980)? ¿Por qué leerlo y releerlo?

Porque – me explico – el libro posee ciencia y encanto, derrocha lógica en medio de la simbología y artificio de la creación literaria, porque nos persuade, a nosotros los lectores, del inmenso poder de la palabra escrita, escuchada o leída. Y porque – con disculpas por la reiteración – con el texto de Rodari comprendí, por esa iluminación particular que comunican los libros singulares,

que, sin duda, la lectura de un buen libro puede ser el germen y el origen no de una sino de mil y un genialidades.

Entonces, ¿por qué no comunicarlo? ¿Por qué no escribirlo? ¿por qué no intentar desde mi particular experiencia una reflexión acuciosa en torno a la lectura, a la magia de la creatividad que compromete el despliegue de la imaginación divergente y a los necesarios procesos cognitivos y metacognitivos que pueden teóricamente servir de soporte eficaz del proceso lector que conduce a la plena comprensión del texto escrito y, por ende, a la consolidación de la lectura como una experiencia y práctica vitales.

El paso de los años nos otorga algunos dones. El principal: valorar lo recibido. ¡Cómo aprecio mis recuerdos de la lectura de “El pan del alma” y mi cercanía, a través de los relatos y lecturas paternas, a historias llenas de humor y de gracia contenidas en “Los cinco cincuenta”. Allí, en esas anécdotas de infancia, es que uno descubre el valor insustituible de la lectura y comprende que en esa interacción con el texto se aprende más y mejor que en cualquier lugar del mundo. Uno descubre que el libro habla y que tú le respondes con inteligencia, con imaginación, con afecto.

Es cierto que, aunque la metáfora no sea poética, “el que lee se salva”: de la ignorancia, de la desinformación, del caos interior, del sin sentido y de la soledad. La lectura tiene múltiples efectos en la conciencia del lector.

Por ello creo que la lectura es un poderoso medio de transformación, un acto simple y complejo a la vez que nos permite resolver un ingente número de situaciones de la vida cotidiana, de la vida de estudiante, del trabajo profesional, de la interrelación social. Por ejemplo: necesitamos leer para

buscar en la guía telefónica, comprender un texto filosófico, deleitarnos con la palabra poética, leer el periódico, cotejar texto e imagen en una valla publicitaria, espectar una buena película y leer los textos, extasiarnos con una novela de Bryce, Saramago o quizá Cortázar, comprender el enunciado de un problema o las instrucciones de funcionamiento de un artefacto, consultar el diccionario, estudiar un texto literario, releer notas y apuntes, leer rótulos y letreros, así como leer para documentarnos acerca de un tema y profundizar en él.

Numerosos expertos coinciden en subrayar cómo no todos comprenden la importancia del aprendizaje que se basa en la lectura como construcción del significado porque además de formar personas con competencias en las áreas fundamentales, logra formar lectores curiosos, eficientes, lectores habituales.

Sin ser excesivamente reiterativa, expreso que para mí la lectura es una experiencia transformadora, diáfana por el placer intelectual que genera, exigente, permanente porque mi abuela y mi padre me enseñaron a descubrir que cada libro es el “pan del alma”, la luz del pensamiento, de los afectos, de la imaginación y de la capacidad de intentar ser cada día mejores seres humanos, más persona.

- **Parámetros para una reflexión rigurosa en torno a la lectura.**

Creatividad, ciencia y tecnología son, desde mi punto de vista, los parámetros que permiten una reflexión rigurosa y exhaustiva – libre de contradicciones diría Luís Hjelmslev – en torno a la lectura, a su esencia como acto comunicativo e interactivo; al proceso lector, a su carácter interdisciplinario

y a la discusión plenamente vigente sobre la problemática que entraña la comprensión de un texto escrito.

Para establecer estos parámetros he revisado durante un tiempo muy valioso para mí, tesis, estudios, libros, revistas, etc. información que sumada a mi propia experiencia como lectora habitual y ejercicio profesional me permiten emitir opiniones válidas y proponer sugerencias acordes con la problemática que la práctica de la lectura suscita en un medio como el nuestro.

Ideas, postulados, acotaciones largamente meditadas las planteo en este trabajo cuyo origen – cuya pakarina dirían los quechuas – fueron los sabios consejos que, a favor de la lectura, escuché desde niña y maduré en la adolescencia.

Observemos el contexto. Es evidente que, por lo menos desde el siglo anterior, se ha logrado la democratización de la enseñanza, la difusión de la cultura con tanta intensidad que se ha establecido que “aprender a leer”, que “leer de un modo permanente y habitual” es un derecho fundamental de la persona humana por lo que cada día, en todo el mundo, miles de niños, jóvenes, adultos acceden al libro y leen con diferentes propósitos. Todos tienen un denominador común: lograr información, adquirir un mayor y mejor conocimiento de la realidad, especializarse y – por qué no – divertirse, entretenerse porque la lectura también implica una finalidad lúdica, placentera; una incorporación de la mente y del espíritu al reino de la fantasía.

Y la idea se ratifica si volvemos a observar nuestro contexto a la luz de las grandes transformaciones tecnológicas y al irrefutable desarrollo de los medios de comunicación – especialmente los audiovisuales – porque constatamos que

la lectura, que leer ya posee el rango de actividad insustituible a interdisciplinaria y que, quiérase o no admitirlo, pertenecemos a un contexto letrado que nos facilita leer intencional o indirectamente.

Creo y confío no equivocarme al afirmar que asistimos a una gran revolución cultural que va de la mano con el poder de la palabra transformada en mensaje, pensada, desarrollada y elaborada en textos cuya belleza intrínseca – traducir el pensamiento del autor – va, muchas veces acompañada, de imágenes cuya categoría estética alumbra, ilumina a las palabras.

Creo además que, en esta **revolución** cultural, la palabra cuyo valor ya Aristóteles había expresado: “sólo el hombre dispone de la palabra porque posee pensamiento, tiene logros, es racional” y que adquiere plena vigencia mediante esa poderosa comunicación interactuante entre el lector y el texto – el acto lector por supuesto – la palabra es la protagonista.

Propongo que se expanda como una convicción que nuestra civilización es la civilización de la palabra, transmitida por diferentes medios: humanos y técnicos; es la civilización de la lectura que no podemos perder, sino más bien consolidar, porque si aquello sucediese, habríamos perdido los fundamentos mismos de nuestra cultura.

Sin embargo, hay notas grises que empañan este contexto, dos graves problemas que, a nivel mundial, y en unos países con más intensidad, subsisten: el analfabetismo y la habilidad, débilmente lograda por la educación formal, de comprender el texto que se lee.

Sobre la problemática, en sus aspectos más delicados, UNESCO con datos estadísticos rigurosos, nos dice: “en la actualidad cerca de mil millones de personas no saben leer ni escribir, es decir, son analfabetos” (Boletín 1998 P.S.) y también – prosigue la referencia – “Un gran número de niños, jóvenes y adultos abandonan la lectura, pasan a ser analfabetos funcionales”. Los griegos los hubieran llamado somóforos o personas que abandonan el cultivo de la sabiduría, el desarrollo del intelecto.

Pero estoy segura que estos datos sombríos sobre la realidad del aprendizaje de la lectura y su consecuente práctica son retos que enfrenta cada sistema socio cultural a fin de que, a todo nivel: institucional, profesional, personal, etc. se agoten todos los medios y se diseñen y apliquen las medidas correctivas que afectan en realidad a la dignidad humana.

Remitámonos a las palabras de Jorge Luis Borges para expandir aún más la necesidad de leer: “Soy incapaz de imaginar un mundo sin libros, sin lectores. En cierto modo, todo libro es sagrado porque es memoria de nuestra especie y el que lee se acerca a sus raíces esenciales. Aprende a ser él mismo” y también a Pablo Neruda: “Un libro leído, asimilado, hecho carne y sangre en el lector, es un instrumento para mejorar el mundo”.

En el primer párrafo de esta parte de “Reflexiones...” me refería a la necesidad de establecer parámetros para intentar una reflexión acuciosa sobre los aspectos fundamentales de la lectura. Por ello, recurro en primera instancia a la relación **lectura – creatividad** motivada por mi valoración creo justa y específica de del poder que Rodari otorga a la palabra y además porque si realizamos un breve recorrido por la historia de la cultura hallaremos que

siempre la imaginación divergente, la fantasía, la ensoñación proyectada en textos de diferente intencionalidad comunicativa han sido y siguen siendo los puntos de partida para la motivación de la lectura, para reflexionar sobre ella, para crear y producir en todo orden de cosas.

Más aún con relación al tema lectura.

Vuelve a mi mente la imagen que Rodari creó para intentar explicar el efecto de las palabras en la conciencia del lector o de quien escribe.

Las palabras adquieren en la mente del que lee la intensidad de una piedra lanzada a un estanque: “provoca ondas concéntricas que se ensanchan sobre su superficie” es decir, el efecto de la piedra es similar al efecto de las palabras: “provoca una serie infinita de reacciones en cadena, implicando en su caída sonidos e imágenes, analogías y recuerdos, significados y sueños en un movimiento que afecta a la experiencia y a la memoria, a la fantasía y al inconsciente, implicándolo el hecho de que la misma mente no asiste pasiva a la representación sino que interviene continuamente, para aceptar y rechazar, ligar y censurar; construir y destruir”. (G. de la F. p. 10)

“La piedra lanzada al estanque” es una figura válida para objetivar y hacer visible para todos – expertos e inexpertos – el efecto e impacto de las palabras de un texto en la conciencia del lector: su formación léxica – base de todo proceso de comunicación-, la visualización de la estructura del texto; la posibilidad de formular hipótesis, de hacer inferencias, de develar el significado profundo de lo escrito, etc. son algunas de las experiencias en las que el lector resulta ser el actor por su relación directa con las palabras de un texto.

El que lee construye el significado del texto, lo comprende; aprende de él, lo imagina, lo reconstruye en un complejo proceso cognitivo, metacognitivo y creativo. Desde William Gray pasando por Jolibert, Condemarín, Inostroza, hasta llegar a Daniel Cassany se reconoce la permanente recurrencia del lector a la creatividad para comprender mejor el texto ser capaz de generar otros productos intelectuales a partir de su lectura.

Resulta pertinente, en este punto, lo afirmado por Albert Einstein, el físico genial: “La teoría de la relatividad no se sistematizó a partir de datos extraídos de la observación (empirismo), ni mediante cálculos matemáticos sino a través de “un juego libre de ideas”, a partir de la intuición y de potenciarse sinérgicamente con el objeto de estudio.” Afirmación que enfatiza – sin decirlo frontalmente – el rol de la imaginación que permite relacionar y asociar y, lo que es mejor, dar vida a teorías transformadoras.

Así como el concepto de lectura permaneció por varios años circunscrito al dominio del estudio y trabajo de la educación formal así otras nociones conexas a ella como desarrollo de la imaginación, de la fantasía, de la creatividad se circunscribieron al dominio de la Filosofía y de la Psicología. Felizmente, el notable avance científico del siglo XX y del presente siglo XXI han permitido nuevas visiones y planteamientos sobre todas ellas.

Investigadores, lingüistas, literatos y técnicos coinciden en señalar que la lectura facilita el desarrollo de la imaginación divergente que es, en esencia, el fundamento de la creatividad. Reconocen que la lectura “nutre” a la creatividad, es su insumo esencial. Y si sabemos que la sociedad, nuestra sociedad

requiere de hombres creativos, reconocemos también que formar lectores es una prioridad, una imaginación.

Recordemos la “magia” que subyuga al lector infantil, juvenil o adulto el dejarse “atrapar” – digámoslo así – por lecturas como las de autores clásicos universales o hispanoamericanos. Quién no se deleitó con la narrativa de Alfredo Bryce, de Mario Vargas Llosa, de Gabriel García Márquez, de José Saramago, de Ricardo Palma o de los versos del exquisito poeta Rabindranath Tagore el de la escuela ideal, la escuela de Santiniketan. Esa magia no es sino lo que Kant investigó y sistematizó como la potencialidad de la “imaginación reproductora” y las posibilidades de la “imaginación productiva”. Y quizá también, esta magia derive de la precisión de Hegel que estableció que “imaginación y fantasía” son manifestaciones de la inteligencia y que el predominio de la fantasía conduce hacia la creatividad. Y la creatividad logra su mejor concreción por medio de la palabra y la lectura le otorga vida plena.

La lectura nos conduce hacia el desarrollo de habilidades creativas y comunicativas. La lectura nos guía hacia la creatividad porque el lector frente al texto interpreta, formula hipótesis, prevee resultados, infiere, evalúa, sueña.

La lectura, sin duda, exige para cumplir sus fines de una actitud creativa divergente que otorga fluidez ideacional al lector.

Pero ¿cómo comprender, desde el punto de vista de las ciencias de la educación, el proceso lector? ¿cómo contribuir a su plena eficacia? Porque para ser un lector competente, hay requisitos previos. Y uno, el básico, es posesionarse de las habilidades y destrezas que nos permiten leer sin dificultad todo tipo de textos.

Diferentes enfoques plantean el cómo analizar, reflexionar y comprender el proceso lector y los fundamentos que sirven de soporte a la práctica de la lectura.

Tres modelos, aceptados de modo universal y válidos para los diferentes sistemas de lengua, exigen nuestra revisión y comentario: El modelo jerárquico ascendente, el modelo jerárquico descendente y el modelo interactivo.

El modelo jerárquico ascendente establece que, frente a diferentes tipos de textos, el lector procesa sus componentes: empieza por las letras, continúa con las palabras y sigue con las frases. Esta tarea supone que el lector posee habilidades de decodificación que lo van conduciendo a la comprensión total del texto. En nuestro medio, este modelo se ha generalizado a través del uso de textos de metodología silábica. Por el contrario, el Modelo Jerárquico Descendente aplicado a la adquisición de la lectura no opera letra por letra, ni sílaba a sílaba sino que proyecta sus conocimientos previos, establece anticipaciones, formula hipótesis en torno al contenido de la lectura. Su aplicación exige que el lector sea adiestrado en el reconocimiento global de las palabras y posea información adicional sobre el texto que va a leer.

En la práctica de nuestro sistema educativo actual se aplican las estrategias sugeridas en el diseño de un plan de clases para el que, los docentes, consideran: Actividades previas a la realización de la lectura (formulación de hipótesis, elaboración de predicciones, etc.); ACTIVIDADES DURANTE LA LECTURA (estrategias cognitivas) y ACTIVIDADES DESPUÉS DE LA LECTURA (estrategias metacognitivas).

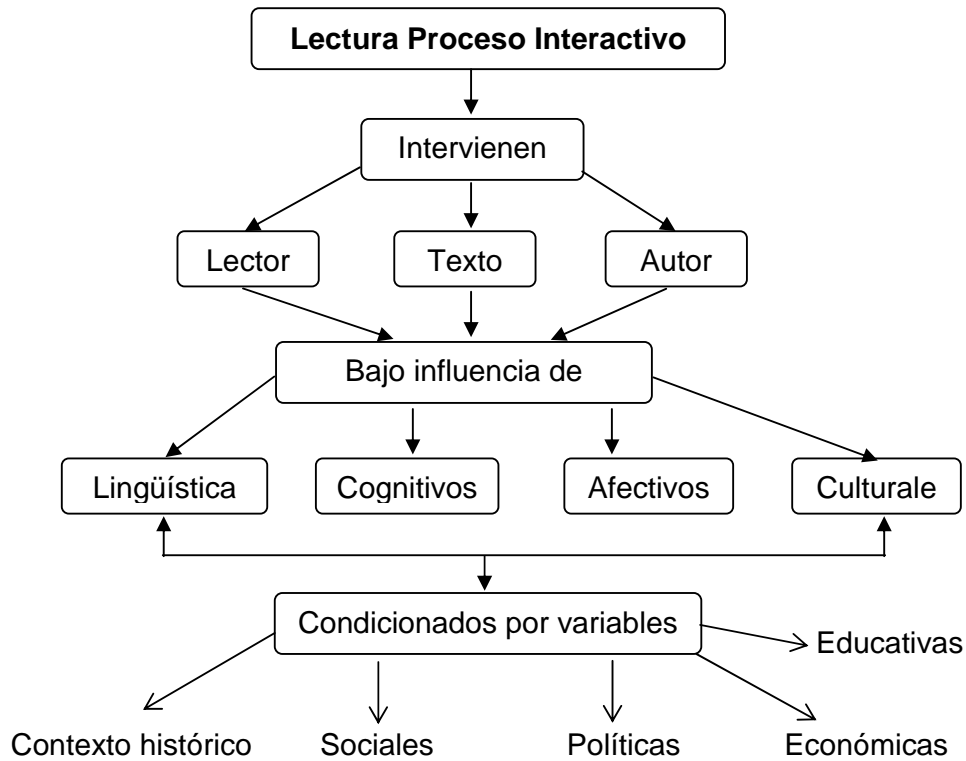
El modelo Interactivo suma a las propuestas anteriores y elabora una síntesis de ellas. Su punto de partida es la precisión de una hipótesis respecto al probable significado del texto, significado que el lector construye apoyándose en los indicios visuales y basándose en su pleno dominio del sistema de decodificación y de la aplicación de estrategias que le permiten alcanzar un alto nivel de comprensión del texto, un nivel inferencial.

Al leer y reflexionar en las propuestas, pienso en el asombro de un niño que recién aprende a leer, que se apropia de la lectura y recuerdo también aquella emoción del que interioriza y hace suyas algunas formas del conocimiento y experimenta el “ELEOS” (Conmoción del Espíritu) que con magistral claridad precisó Aristóteles en la poética con relación a que ser capaz de generar éleos en el lector es una de las características del libro bueno, de ese libro que nos acompaña y va y viene en lo cotidiano y lo embellece.

A modo de acotación subrayo que los modelos y los métodos son propuestas que exigen ser contextualizados, recreados y adaptados porque, el niño luego de posesionarse de la lectura en su aprendizaje inicial, debe desarrollar las cualidades de un lector voluntario y permanente y debe consolidar la convicción que leer es como respirar: un acto vital.

El lector infantil, juvenil y adulto trasciende al proceso inicial que le permitió aprender a leer, lo interioriza y empieza para sí ese largo, mágico y transformador camino de la lectura, del contacto permanente con los libros.

Veamos cómo se puede visualizar la realización de la lectura coinciden numerosos expertos:



Visualización que facilita comprender la lectura en su praxis, en su realización, observando los elementos que interactúan: lector – texto – autor para percatarnos que ser verdaderos lectores implica un despliegue interno de experiencias que por el impacto del texto – recordemos la imagen de la caída de la piedra en el estanque que clarifica el impacto de las palabras en la conciencia del lector – suscitan en él relaciones, asociaciones, imaginaciones, etc. Más aún, “apropiarse”, en el sentido más amplio del término, de la peculiar cosmovisión del autor que queda revelada a través de su obra.

Igualmente, el gráfico – útil para el lector, el docente, el padre de familia, etc. – muestra la serie de factores que intervienen en el proceso lector: los de orden lingüístico (el texto ha sido construido con palabras, corresponde a un sistema de comunicación, revela el nivel de habla del autor. También implica el tipo de

dominio léxico, morfosintáctico y semántico del lector); los cognitivos (el nivel de información, de conocimientos tanto del autor como del lector), los afectivos (la esfera emotiva que moviliza el interés y los sentimientos relacionados con el contenido del texto y con las habilidades del lector); el nivel cultural; (casi decisivo en el interés, motivación, calidad y cantidad de lecturas que realiza el lector y el nivel intelectual del que escribe).

Las variables que explicita el gráfico nos hacen recordar que quien escribe un texto y quien o quienes lo leen pertenecen a un determinado contexto histórico que tiene sus propias y peculiares características, a partir de las cuales, el autor construye su particular cosmovisión; asimismo que el autor y el lector son seres que interactúan en sociedad y que, en consecuencia, es probable que posean criterios políticos y participen activamente en las actividades específicas de un ciudadano. ¡Qué decir de las variables económicas y educativas! Influyen decisivamente en este intercambio de experiencias que es la lectura, verdadera comunicación y aprendizaje interactivo.

Resulta importante acotar que todas las variables afectan la calidad de la lectura pero que, es necesario enfatizar tanto para la infancia, la adolescencia y la adultez, que el factor lingüístico está en relación directa al aprendizaje vía la comprensión plena de los textos que se leen y garantiza el nivel de conocimientos que adquirimos y que nos asegura una inserción positiva en una sociedad que, como la presente, y por efectos positivos de la globalización es altamente competitiva y exige capacidad, manejo de información muy actual y eficiencia.

Y todo ello es posible de lograr por medio de la lectura, de la identificación permanente con todo tipo de libros, trasunto de la cultura humana en su más elevada expresión.

A menudo, como estudiantes, profesionales o padres de familia hemos leído y escuchado que uno de los aspectos críticos en torno a la lectura es cómo lograr la plena comprensión del texto que se lee.

A nivel operacional es fácil reconocer que “leer es comprender” es una verdad casi de categoría matemática. El que no comprende un texto, en realidad no lo ha leído. Sólo ha deslizado sus ojos sobre el texto y se ha quedado en el nivel perceptivo-sensorial de la lectura.

Por ello, considero sumamente interesante reflexionar sobre lo qué es y supone comprender un texto.

¿Es sólo descifrarlo? No. El desciframiento en su nivel básico de identificación del código sin establecer la relación de sentido entre las palabras que construyen oraciones y párrafos, no es un acto de lectura.

¿Es buscar el significado de las palabras? No. Sólo precisar el significado de las palabras, tampoco es un acto de lectura.

¿Entonces qué implica comprender un texto?

La respuesta es el producto de múltiples investigaciones de carácter interdisciplinario (sicólogos, educadores, lingüistas, sicopedagogos, matemáticos, literatos, etc.): Hay requisitos que deben cumplirse para afirmar que un texto leído se ha comprendido. Técnicamente éstos son:

- Capacidad para reconocer los patrones gráficos del texto a pesar del uso de diferentes sistemas caligráficos y tipográficos.

- Acceso al léxico del texto sin mayores dificultades ni gráficas ni semánticas. Este acceso tiene implicancias: supone que lector utiliza un vocabulario amplio que le otorga competencia para leer; posee además conocimiento de estrategias que le permiten extraer el significado del contexto y es capaz de evocar datos que lo ayudan a identificar el tema de la lectura.
- Reconocimiento de proposiciones y capacidad de integrarlas para que por la relación entre una y otra se construya el significado general del texto.
- Identificación de la progresión temática del texto.
- Posibilidad de lograr la construcción de un modelo mental del contenido del texto.

Requisitos que si se cumplen conducen a la real y efectiva comprensión del texto que, de modo específico, el lector hace evidente porque identifica lo que el autor dice, la situación a la cual hace referencia y la intención por la cual el texto fue escrito.

En sicopedagogía se explica que la comprensión lectora depende fundamentalmente de la motivación para leer y la eficiencia del proceso lector.

Y es una afirmación cuya validez se puede verificar ya que es fácil comprobar que un lector habitual y competente es una persona que revela un interés particularmente intenso por un tema y que, perfecciona cada día su acceso al libro.

Desde esta misma óptica, se explica que para lograr una plena comprensión del texto, el lector realiza una serie de procesos mentales que hacen posible advertir y verificar si logra reconocer el significado del texto e inferir su sentido e intención comunicativa.

Es cierto que todo lector, habitual o esporádico, transita durante la lectura de un nivel de comprensión superficial (descifrar y comprender el léxico, identificar las oraciones y precisar el tema) a otro nivel de comprensión profunda porque logra decantar la intención de lo que el autor expresa a través del texto y que él, como lector, sintoniza por su particular y propia competencia y eficiencia.

Inagotable el tema lectura, más en este aspecto: Comprensión implica tratar además de revisar ideas, criterios, puntos de vista nuevos que iluminan lo realizado hasta esta parte del camino.

En este sentido, sería omisión grave dejar de citar el pensamiento de Isabel Solé, investigadora de la Universidad de Barcelona, que explica el cómo y el por qué de la comprensión lectora.

A partir de un ejemplo citado en diferentes fuentes bibliográficas, la Dra. Solé propone el análisis de la lectura con relación a dos referentes: a) Cómo se puede leer sin comprender y b) Qué pueden hacer instituciones, las personas responsables, los profesionales, etc. para el logro pleno de la comprensión lectora.

El ejemplo, punto de partida, dice:

**“Carmen esticuraba un po y le artemunía a la laia.**

**Pedro arteaba pas ni tenés.”**

**¿Qué esticuraba Carmen?**

**¿A quién le artemanía?**

**¿Qué arteaba Pedro?**

¿A qué nos referimos cuando hablamos de comprensión lectora? – se plantea la Dra. Solé - ¿Se trata de averiguar si el lector ha entendido el contenido del mensaje? ¿Dónde estriba la dificultad?

Además, interroga: ¿Contestar a las preguntas de un texto, es siempre comprensión? ¿A pesar que sean como las del texto que sirve de ejemplo? ¿Qué relación ha de existir entre el texto y el lector? ¿Es importante dicha relación?

El avance científico permite dar respuestas válidas a estas interrogantes. Por ejemplo, los estudios de Bartlett acerca de cómo un lector procesa la información que obtiene recurriendo a diferentes medios, entre ellos el libro.

Una de las tesis de Bartlett sostiene que los conocimientos previos que poseen los individuos influyen de modo decisivo en sus posibilidades para una comprensión inferencial exitosa por la forma cómo tratan la nueva información.

En nuestro medio, sobre todo en las últimas décadas, en el sistema escolar formal se ha tratado de expandir esta tesis. En el diseño curricular del 90 al 2000 y en adelante, se propone a los docentes “activar los conocimientos que ya poseen los alumnos y que pueden relacionarse con el texto que se leerá a fin de que, por medio de la formulación de hipótesis previas a la lectura, se activen los conocimientos y experiencias que ya poseen los niños y niñas y constituyen por sí mismas una gran motivación para leer.

Relación que además – y plantea Bartlett – facilitaría la comprensión del texto por un más eficiente acceso a él, a su lectura.

La base científica sobre la que, lectores de todo nivel: padres de familia, docentes, estudiantes, lectores cotidianos, comunes y corrientes, pueden

incrementar informaciones y proseguir su reflexión sobre cada uno de los aspectos del tema lectura – entre otros – son: Darnton; Robeck, Wallace, y Venezky quienes destacan las ideas de Edmund Huey, ideas expuestas en *The Psychology and Pedagogy of Reading*; Weaver y Resnick; Brown, Fitzgerald, Mateos.

El desarrollo de la Psicología cognitiva y las diversas opiniones sobre las inteligencias múltiples iluminan mejor la reflexión en torno a la lectura. El pensamiento creativo, el análisis científico y la aplicación pedagógica nos ayudan a afirmar que, con certeza, comprender un texto exige una aproximación interactiva efectiva al texto para posesionarse de sus múltiples significados e intención comunicativa.

Las perspectivas novedosas de la lectura, sobre todo por la utilización de medios técnicos, amplían las opciones del lector del siglo XXI. Por ello, ante la pregunta ¿qué leer? ¿qué tipo de texto emplear? ¿qué medio o canal utilizar? Las respuestas nos ofrecen varias alternativas.

La tipología textual no admite un criterio unívoco. Bronckart, Van Dijk, Adam, Cooper y otros, sin embargo, a partir de sus investigaciones nos han propuesto criterios unificadores: todos los textos sin excepción poseen una estructura y unos elementos característicos que condicionan la comprensión del texto.

Para complementar estos datos en torno a la lectura, proceso, problemática de la comprensión lectora, etc. Rosenshine considera que, se ha de tener en cuenta que existen **habilidades** de comprensión que se pueden organizar en tres áreas: a) Localización de detalles: reconocer, parafrasear, encontrar datos concretos b) Habilidades de inferencia simple; comprender palabras por el

contexto, reconocer relaciones de causa – efecto, comparaciones y contrastes y c) Habilidades de inferencia compleja: reconocer el tema o la idea principal, sacar conclusiones, predecir resultados.

Los innumerables medios técnicos, especialmente informáticos, aperturan un universo de posibilidades al lector de cualquier nivel. CD ROOM, Bibliotecas virtuales, Internet, textos audio-visualizados, etc. sólo incrementan nuestras posibilidades para leer y acceder a un increíble número de informaciones, experiencias, investigaciones, creaciones, avances, etc. la tecnología, incluidos los juegos como Game Boy, Play Station, Nintendo, etc. con su magia, color y dinamismo pasan a engrosar las opciones de lectura de imágenes que, sobre todo los niños y niñas, aceptan con placer.

Es una exigencia colectiva, porque todos somos responsables y partícipes, impedir que se dé una ruptura entre niños, jóvenes y adultos con el libro, con la lectura. Toda clase de dificultades generadas por diversas causas y que intentan explicar el desinterés por la lectura, estoy segura, son superables. No olvidemos que “cuanto más leemos, mejor leemos.”

No me cabe duda que nuestra sociedad intercultural, multilingüe y con fuertes contrastes sociales es capaz de enfrentar con éxito, sus propias limitaciones y lograr una mayor información creativa, científica, pedagógica y tecnológica sobre la lectura.

Sí somos capaces de lograr un nuevo estilo con relación al fomento de la lectura y a la formación de lectores habituales no dudo, contribuiremos al desarrollo de una sociedad más justa y equitativa, en la que la dignidad sea un bien común y la cultura su sustento.

Formar lectores críticos, activos, capaces de procesar datos, desarrollar opiniones argumentadas, contrastar y valorar información y darle sentido y significado a lo que lee y soñar e imaginar un mundo cada vez más superior por la calidad material e intelectual de las personas, esa debe ser una aspiración de todos y para todos.

El paso de los años me ha persuadido, convencido para siempre que el que lee se salva, el que lee crece.